Globethics Repository

Guatemala [Guatemala]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Fernando, González-Davison
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-07 06:46:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220406

Nueva Sociedad Nro.120 Julio- Agosto 1992 , pp. 44-49

Guatemala. La inquietud de su capital

González-Davison, Fernando

Fernando González Davison: Internacionalista y escritor guatemalteco. Premio Guatemalteco de Novela 1987. Asesor económico internacional. Actualmente se desempeña como subsecretario general de Planificación.

Para unos la ciudad es el apéndice de modernidad en un entorno rural distante en el tiempo. Eso se puede contemplar a simple vista, de tener la oportunidad de ver, desde la ventanilla del avión, el alto relieve circundante y la hilera de volcanes, en una magnífica perspectiva, hacia la costa del Pacífico. Un apéndice, un tanto ajeno a la realidad, como dice un amigo historiador, como lo era la Universidad en el período colonial, allá en Antigua Guatemala: sin mucho que hacer para favorecer al desarrollo agrícola, al campesinado.

Hay algo de eso aún ahora: diversos servicios privados y públicos que se ubican en la urbe, con casi dos millones de habitantes, parecieran obedecer a otras fuerzas que, la pesar de que se vive del excedente agropecuario, estuvieran, en apariencia, desligadas del campo. Hay razón para entenderlo. Los bancos crecen en número, los comercios... un poco la administración pública y, en menor grado, la industria manufacturera. Allí está la evolución en marcha. Pero la permanencia de la ciudad de Guatemala, ese espacio hispanizado, con su periferia mayense, está a la orden del día. Y en lo que fuera el siglo pasado ese espacio en el medio, poblado de «castas» o mestizos, antes artesanos hoy se ubican los barrios obreros, casi en conjunción con las colonias de las clases medias.

La ciudad vive entre el regocijo de un clima agradable, perenne, y el martirio, derivado de contrastes: el lujo y el desenfreno en medio de la pobreza que ha tocado los tobillos de la clase media durante la última década. El regocijo es propio de quien ha nacido en esa tierra primaveral, que va más allá de las cuadras de la ciudad. Razón para llenar la propia identidad con los lagos y volcanes del exterior urbano. Pero también, es en sus calles en donde todos guardamos nuestros secretos terrores.

En ese apéndice de modernidad, el campo arremete en pleno corazón de la ciudad: es en La Terminal, terminal de buses, de mercancías y frutos del campo, en donde se distribuye al por mayor y al menudeo. Allí están los grandes canastos llenos de

verdura, de frutas en número sin fin, de carnes diversas, en un lar, a veces inhóspito, entre instalaciones ambulatorias y estructuras sólida, con el tufo de aquella maravilla de dones de la tierra y la inmundicia que dejan los pies al pisotearlos en las aceras: la gente se escabulle en el hormiguero, donde se realizan las transacciones de compra y venta. Casi al lado están los pick ups, los camiones, automóviles, buses. Es allí en donde los intermediarios entre productores y consumidores hacen su festín, comprando a bajos precios y vendiendo a elevados... Y, sin embargo, es el lugar más barato de la ciudad. Razón de más para atraer a los citadinos pobres y medios, aunque, de alguna manera, toman sus precauciones, para no ser objeto de hurtos o robos por algún adolescente que tiene más agilidad que cualquier atleta.

También las carretillas manuales hacen su aparición con servicios de transporte a más bajos precios. Y los contratan los revendedores de otros mercados, porque allí se nutren las locatarias de otras ventas citadinas.

Pero también resulta ser La Terminal el eje donde el campesinado viene para comprar sus instrumentos de labranza, los fertilizantes que no pudo comprar baratos en las bodegas del Estado, así como otras manufacturas, cuyos precios son mejores que los de sus pueblos. Allí se puede contemplar a los adivinadores, a cuyos pies se les enrosca alguna culebra para predecir el futuro de algún cliente interesado. O se puede escuchar a un tremebundo predicador evangelista, con un magnetófono, prediciendo el fin del mundo. Allí se funden los colores mayas e hispanos, las ropas agringadas, y zapatos de marcas extranjeras, hechos en Taiwán o en Corea.

Otro mercado singular, El Guarda, ofrece los productos de contrabando al menudeo, de algún contenedor perdido en la carretera o de algún barco tras atacar el puerto. Y los precios son mucho mejores a los de cualquier duty free internacional. Pero allí también las personas tienen que guardarse de llegar sin llamar la atención para no ser presa de los amigos de lo ajeno. Y de prevenir que, en alguna acción policíaca, uno no resulte acusado de contrabandista. Pero, para salvar las apariencias, allí todos los vendedores, ambulantes en su mayoría, tienen alguna mercancía con el debido respaldo «legal».

La melancolía urbana, algunos dicen que porque uno tiene el maya dentro y el montañés de fuera, se ve mitigada por esa paz política que ahora todos buscan. Eso provoca cierta alegría en esa rutina diaria del introvertido guatemalteco. Por supuesto que la misma se empaña a diario, pero se olvida de inzato a la ciudad no le gusta mucho la realidad. Y padece de una amnesia y admiración diaria. Tal vez la ciudad se muestre triste, tal vez porque no hay cafés con las mesas en las afueras,

tal vez porque no se observan lugares donde conversen con ánimo las personas. Tal vez, por ello mismo, sólo los bares abiertos parecieran llevar consigo esa nostalgia más profunda en medio de los borrachines que pululan por alguna esquina, en medio de lustradores y varios niños de la calle. A la gente le agrada el cine y hace largas filas para ver sobre todo películas de acción en el Centro. Lo cierto es que desde 1980 la ciudad, en razón de la guerra civil y el fenómeno telúrico de 1976, se llenó progresivamente de migraciones rurales indetenibles que hicieron crecer las villas miseria de una manera tal que se agolparon a las orillas y entre los barrancos, que son los pulmones de oxígeno de una ciudad con pocos parques.

Así, la sexta avenida, que otrora fuera para pasear en los años 60, ha sido tomada por ventas ambulantes - de ropa, anteojos, bolígrafos, hot dogs... -, en prolongación de ese mismo fenómeno que se observa hasta la dieciocho calle y también en la quinta avenida. Es el auge de la economía informal. Es decir, de ese mundo subempleado o desempleado, particularmente rural que se agolpa para decir: este espacio es mío. Y no hay santo ni autoridad que pueda desalojarlo por más medidas políticas o, incluso, represivas, que de vez en cuando se tomen. Estas sí tuvieron resultados en el Parque Concordia, que tras el terremoto de 1976, se volvió un lar de champas en pleno centro. Es una manzana pequeña, con unos cuantos árboles y sanitarios que, por consenso, los ocupantes aceptaron desalojar, para dejar un punto verde a los trabajadores ambulantes de la quinta y sexta avenida.

La ciudad tiene en la plaza central un vestigio de la «Tacita de Plata», como se llamaba la ciudad en los 40. Es decir, cuando aún prevalecía la ley que impedía la libre movilidad al campesinado mayense, y la ciudad era pequeña, limpia, bajo la batuta de algún dictador. Después de 1945, al abolir el gobierno de la revolución la misma, se habría de iniciar la migración rural... pero nunca a los niveles de la década anterior. En la Plaza Mayor vemos la Concha Acústica entre árboles, y, al lado de la plaza central, el Palacio Nacional y la Catedral, a cuya vecindad está el Palacio Arzobispal - una casona de dos pisos -, y el Portal del Comercio. Allí, sin embargo, se escuchan los ecos de la democracia: se llena, constantemente, de grupos que presionan por lograr concretizar sus demandas de tierras, de esto y lo otro... Las estructuras de aquellos edificios sólidos han resistido el drama telúrico, pero no así las edificaciones menores: de allí que no haya centro histórico de la ciudad, porque las edificaciones se han construido, salvo excepciones, en lo que va de este siglo. Al medio de la plaza central una fuente, con una columna en alto, refleja el cielo azul casi permanente, que cobija la ciudad. Detrás de la Catedral, ahora se encuentra un mercado artesanal... Décadas atrás era un relajo completo, porque allí era La Terminal. Ahora es un espacio en cuya superficie se expande la plaza central

y, en los bajos, se alberga un colorido mercado de las artesanías maya y mestiza: allí tiene el turista a su disposición las destrezas manuales de dos culturas y del cruce respectivo entre ambas, con precios atrayentes para la orfebrería, los textiles, la cerámica y la pintura, con un renovado refinamiento, aunque con muy peculiares toques primitivos. Incluso se encuentran, no como en Antigua Guatemala, laboriosidades coloniales con filigranas que dan un hervor especial al patrimonio bicultural con ribeteados barrocos y una magia milenaria.

Alrededor de la Plaza Mayor y en su seno, se tiene el poder temporal y el religioso, católico, porque, en las aldeas y barrios pobres están las iglesias evangélicas de todas las denominaciones habidas y por haber. Las procesiones de Semana Santa son ostentosas. Menos, el desfile bufo de otra época que se repite sin cesar a través de generaciones universitarias que insisten en reiterar sus críticas al gobierno de turno, siempre saldadas con el abuso de licor y pleitos con las fuerzas de seguridad. Ritual triste del desenfreno, incluso entre los cargadores de imágenes sacrosantas, quienes terminan por desambular un poco ebrios de tanto pecado acumulado. Y, no lejos, el edificio del Congreso, baluarte de la demagogia y la usura del puesto de diputado.

En el centro, gris por ese diesel del carajo de los buses, hay que andar con relativa cautela, evitar portar objetos de suma tentación, porque una mano avispada y ágil se lleva el bolso o el collar en un dos por tres. No obstante, la confianza en el caminar es la mejor defensa contra esos jovenzuelos que, en ocasiones , suelen emerger como delincuentes. Ellos son producto de la destrucción de numerosas familias que han abandonado el campo, para salir de aquella guerra civil de los años 80. Huérfanos muchos, la mayoría son productos de hogares desintegrados porque la pobreza ha roto los lazos matrimoniales. Aquí a esos grupos se les llaman «maras»: siempre que pueden, fastidian en cualquier acto público, sea oficial, religioso o popular. Incluso se pelean entre distintas bandas. Reflejan el síndrome de la violencia familiar y eso ya da la pauta, de no mejorar ese entorno, de la amplitud potencial de un futuro de la delincuencia.

Mientras tanto, la toma de tierras en los arrabales citadinos ya es un fenómeno permanente. Los desalojos son constantes. Las tomas preferidas son los predios de la municipalidad y del Estado. Y así, han ido prosperando en su pobreza las villas miserias. Por fortuna reciben alguna ayuda externa y nacional para compensar ese crecimiento poco planificado de la urbe. Hay unas 700 mil personas que viven en las villas marginales de la ciudad y 5.000 niños de la calle. Como contraste, al sur del lindero del viejo centro urbano, la ciudad se expande con sus vías anchas y ar-

boladas, producto de la visionaria proyección que de la ciudad hizo el ilustre presidente decimonónico José María Reina Barrios, en donde ahora está el bien urbanizado núcleo comercial y bancario del país; la modernidad plena está a la vista en la zona cuatro. Un vasto conjunto de altos edificios: se inició el recorrido con el contemporáneo complejo cultural «Miguel Angel Asturias» que alberga al Teatro Nacional de ese nombre. Al frente, el conjunto del Centro Cívico en donde sobresalen los edificios de la Municipalidad, la Corte Suprema de Justicia, varios bancos y el de Finanzas Públicas. Se continúa hacia la zona nueve y diez donde florecen los centros comerciales de corte estadounidense. Parte del boom reciente son las construcciones a ambos lados del anchuroso paseo de La Reforma. Parece que nadie puede detener ese elán edificador en lo que antes eran las zonas residenciales de la elite guatemalteca. Se derriban viejas mansiones para, en su lugar, erigir mastodontes de concreto, algunos de muy buen gusto arquitectónico. En las zonas aledañas - cinco y siete - se edificaron puentes sobre los barrancos que ampliaron el espacio a las colonias de la clase media, dispuesta a pagar lo necesario para tener un pequeño jardín frente a sus casas. Empero, la caída salarial de la última década ha dejado a muchos sin esa posibilidad de adquirir casa propia para los grupos medios. Y eso horroriza al proceso democratizador en marcha. No obstante, en ese horizonte clasemediero, el auge de restaurantes, centros comerciales y demás, están a la orden del día. Siempre están llenos.

No es raro que la capacidad adquisitiva de la mayoría se haya paliado con el envío de las remesas de familiares que salieron hacia Estados Unidos en la década anterior. Otro tanto puede decirse de un vasto conglomerado de campesinos que aún quedan en ese país del Norte. Y los que han retornado vienen con nuevas destrezas que se aprovechan en el país. Y algunos dicen que, además, está el narcotráfico de por medio, aunque en lo que concierne a la construcción urbana de lujo.

La súbita caída de impuestos a la importación en general, pero en especial la de vehículos, produciría el reciente flujo masivo de carros usados venidos de California, Texas... y ahora las avenidas no se dan abasto con ese parque automotor. Pero no tanto como los buses urbanos que resoplan humo negro como ventosas que dan un toque gris al centro, donde las calles, si bien no son estrechas, lo son si se comparan con las amplias vías que giran alrededor citadino, originalmente ortogonal en sus trazos. Ah, para qué hablar del pésimo sistema de transporte urbano a pesar de las mejorías relativas en las vías y el malestar que causa a los trabajadores. Luego del terremoto de 1976, los viejos tugurios se desplomaron: tuvieron que salir muchos pobres a los arrabales periféricos, más allá de la jurisdicción municipal: allí en donde, enseguida, vendrían los flujos del campo para socavar aún más la lucha

por el espacio. Presión, en conjunto, que hace de la especulación sobre la tierra un negocio redondo, para los propietarios.

Los ricos viejos y nuevos, desde fines de los años 80, aprovechando el retorno a la democracia, trajeron sus dólares del exterior. Pasaron a invertir, ya sin temor de la competencia desleal de algunos militares. Y, con la rebaja de intereses bancarios en los Estados Unidos, habrían de irradiar nuevo vigor a la economía, pero cambiarían de sitio de residencia; ya no les fue muy grato vivir en el epicentro del lugar de los negocios; empezaron a construir mansiones en las colinas circundantes al sureste de la ciudad, donde la vista de la urbe es plena y con la visión de cinco volcanes, dos de ellos, el de Fuego y el Pacaya, hechando fumarolas perennes, vistas desde una lontananza sin riesgo.

Desde esa cima se ve el aterrizaje de los aviones a ras de vuelo sobre la zona nueva hacia el aeropuerto internacional. Allí uno puede olvidar las intrigas urbanas, los nauseabundos basureros cercanos al Trébol, en donde no se puede imaginar la existencia misma de los miserables que buscan haberes entre los desechos. O bien no recordar las constantes luchas por el poder económico y político. Y desentenderse del tráfico de armas provenientes de la ex-contra nicaragüense y de el ex-FMLN de El Salvador.

En la ciudad, el secreto se mantiene público: todo se sabe, hasta las conspiraciones más guardadas aun antes que se produzcan. El chismorreo es aún parte de esa tradición pueblerina, a pesar y, a veces, comentada por esa prensa que se abre con los nuevos vientos de libertad, aunque aún con límites: el poder del pasado aún pesa. Ya no hay atentados sino un vendaval de problemas por resolver. Muchas escuelas siguen sin remozar, los hospitales por igual, a pesar de ese centralismo que privilegia a los citadinos.

Estos siguen degustando, con todo y todo el tradicional frijol y tortilla, en todas las clases sociales, como un patrimonio ancestral, comparable al de los volcanes. Aunque hay sed porque el agua escasea en la red de tuberías permanentemente afectadas por los temblores. Agua que apenas llega a los asentamientos periféricos. Y, sin aprender de los mayas, aún no se aprovecha el agua de lluvia, creando embalses para la estación seca. Por fortuna que aún las hidroeléctricas funcionan.

Mientras tanto la ciudad sigue siendo un apéndice de modernidad en un entorno rural en donde la guerra civil de los años 80 aún perdura como un eco, si bien distante; todavía retumba como un drama trágico que nadie quiere recordar. Con esa

esperanza se vive, con esa ilusión las familias tratan de encontrar un destino, ante la incertidumbre que aún aflora entre un conglomerado que aspira a ganar el cielo en la tierra.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 120 Julio-Agosto de 1992, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**